

Exposició *La Nave de los Locos. Una odisea de la sinrazón*. Centre Cultural La Nau, Universitat de València, maig-octubre 2022.

La ciudad de Valencia y la historia de la locura gozan de un fuerte vínculo. El icónico padre Jofré, el Hospital de Inocentes, la popular obra de Lope de Vega *Los locos de Valencia* o la promoción del Leviatán franquista del hospital de Bétera son algunos de los elementos más comunes que han pasado al imaginario popular de la insania en esta urbe. No es de extrañar que desde hace varias décadas sean numerosos los historiadores de la medicina que se han acercado a la *moria* valenciana: desde referentes pioneros como Vicente Peset Llorca y José María López Piñero hasta figuras más recientes como María Luz López Terrada, Hélène Tropé o Enric J. Novella Gaya. Este es el punto de partida de *La nave de los locos. Una odisea de la sinrazón*, comisariada por Cándido Polo y Ana Hernández y sita en las salas del centro cultural La Nau, con la participación de la Universitat de València. Estrechamente vinculada con ella se celebraron en esta ciudad las XII Jornadas de la Sección de Historia de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, *Arte, Clínica e Historia*. Este marco permitió la profundización de muchos aspectos con menor presencia en las exposiciones, como la experiencia de la enfermedad, la historia oral o los abordajes artísticos de la locura.

En todo caso, la muestra recorre los siglos de la mano de varios enclaves fundamentales que sirven para ubicar cada sistema mental de la locura: el Hospital de Inocentes, el Hospital General, el Manicomio de Jesús y, por último, el Hospital Psiquiátrico de Bétera. Bajo el nombre de *Remando al viento* parte la exposición con el concepto de la *Stultifera Navis* de Sebastian Brant para explorar la gestión mental y física de la locura en los primeros años del siglo xv a través de su primera institución: *el Spital dels Ignoscents* (1409-1512). Si la medicina trató de purgar la melancolía y el frenesí fuera del cuerpo a través de sangrías, ungüentos y bebedizos varios, las autoridades de la época desarrollaron un sistema hospitalario en la península que ofrecía un cierto control sobre las personas dementes. En estos años se consolidó

el espíritu de la caridad que debía regir el trato a los dementes, palabras celebradas por el padre Jofré y su célebre sermón en 1409, pero también se dieron los primeros pasos hacia la exclusión social, junto con judíos, moriscos y demás proscritos. Esta institución fue sucedida por el Hospital General (1512-1878), protagonista de la segunda sección: *Una larga y accidentada travesía*. Planos de instituciones hospitalarias se entremezclan con constituciones, ordenanzas, libros de medicina y grabados en una magnífica muestra que guía al espectador por la madeja mental de la insania. La locura alumbraba a quien quedaba bajo su foco, pero a su vez lo convertía en un enfermo a los ojos de la medicina. La locura asilada contrasta con la insania literaria, como dos modelos parejos y estrechamente conectados sobre los que orbitó durante el Antiguo Régimen la construcción social del *otro*. El loco poseyó un estatus complicado, pues si desde la literatura el influjo de Erasmo y Lope de Vega lo acercaban al santo o al iluminado, como fiel defensor de la verdad sin tapujos, la literatura médica y las políticas hospitalarias siempre abordaron su estado desde la supresión de los síntomas y el control físico de su persona. Los límites entre la gracia del bufón y los barrotes del hospital eran líquidos.

La contemporaneidad en Valencia pasó por dos espacios: el Manicomio de Jesús, protagonista de la sección *Zarpar sin rumbo. El manicomio de Jesús (1866-1989)*; y el Hospital de Bétera, con *Naufragio de la institución total. El psiquiátrico de Bétera (1973-2009)*. La falta de fondos y el mal funcionamiento de unas estructuras a todas luces deficientes, amén del empeño franquista —en el caso de Bétera— en sacar adelante un modelo anticuado y desaconsejado por las autoridades europeas, marcaron este siglo y medio. La antipsiquiatría y los nuevos modelos de abordaje de la locura juegan un papel fundamental en los tramos finales de la exposición, cargada de un enorme aparato gráfico que otorga una gran fuerza a esta sección: especialmente remarcables son las colecciones fotográficas sobre los pacientes de Bétera de Ana Torralva (1979) y de José Vicente Aleixandre (1983), así como los fanzines y revistas *underground* como el *Star* o *El Vibora*, o los cuadros de Juan Genovés y Grete Stern, entre muchos otros. En el final del viaje, la búsqueda de nuevos modelos desde los que abordar la gestión de las personas locas en Valencia se encontró con el muro de la realidad. El problema residía en el modelo *hospitalocéntrico*, sin importar las vueltas que se le diese.

El tono académico de *La nave de los locos* se complementa con el abordaje artístico y emocional de dos instalaciones, también ubicadas en la Nau: *Espejo del mundo* y *Restos del naufragio*, de Patricia Gómez y María Jesús González. Las dos parten de la cultura material generada en Bétera: la primera con 113 espejos recogidos de la institución y el “naufragio” representado por las bañeras empleadas allí como recurso terapéutico o coercitivo. Una reflexión sobre la intimidad y la experiencia de la locura a través del reflejo de la enfermedad y el modo en que las personas locas se han mirado. El punto de vista de las personas psiquiatrizadas queda incluido en un tenso diálogo con la clínica y las propias estructuras manicomiales, donde la experiencia de la enfermedad contradice las teorías académicas.

En el Palau de Cerveró nos encontramos con *La piedra de la locura*, exposición que refuerza las salas de la Nau, con Enric Novella y Javier Balaguer como comisarios. Si *La nave* se articula en torno a la imaginería de la nave de los locos, *La piedra* lo hace a partir del simbolismo de la extracción de la piedra de la locura, tan popular en las escuelas de pintura del siglo XVI desde la aparición de la icónica pintura de El Bosco. Esta simetría artística entre las dos muestras va más allá de lo estético para generar un nexo de unión simbólico entre ellas en cuanto a la forma de acercarse a la manía. En todo caso, *La piedra* recorre los tratamientos de la locura a lo largo de la historia, tanto los remedios farmacológicos como las terapias más intrusivas o quirúrgicas. Parte la muestra de los presupuestos de Hipócrates y Galeno sobre el sistema humoral y la teoría de los factores no naturales recuperados por el Humanismo, vigentes durante varios siglos. Se incluyen varios remedios vegetales, como la *belladona*, así como truculentas muestras de las operaciones quirúrgicas de la enfermedad, inclusive un cráneo trepanado. El uso de remedios simples y compuestos —minerales, vegetales y animales— fue básico hasta bien entrado el siglo XIX, a medida que se asiente la recién nacida ciencia psiquiátrica, un proceso vinculado con el de la consolidación del manicomio moral. La configuración de la psiquiatría trajo el desarrollo de tratamientos más agresivos, como los choques insulínicos o el electrochoque, así como el desarrollo de las lobotomías en las primeras décadas del siglo XX, hasta las terapias farmacológicas, reinas en la actualidad. Los recursos gráficos y audiovisuales juegan un gran papel en *La piedra*, al igual que en el resto de la exposición. Así, está acompañada de fragmentos de películas que dotan de un tono holístico a la exposición y numerosos enseres quirúrgicos y médicos. Sobre toda la muestra del Palau orbita el peso de la polémica que rodea a muchos de estos tratamientos, pero lejos de caer en el lado más morboso de ellos *La piedra* logra ofrecer al espectador un recorrido honesto y aséptico. De la muestra se concluye el arraigo institucional de la terapéutica, su desarrollo parejo a los ritmos de la sociedad y, en definitiva, su clara limitación epistemológica, reducidos a la gestión de los síntomas.

En definitiva, nos encontramos con una exposición múltiple cuyas partes se complementan a la perfección entre sí y otorgan al espectador una mirada coherente sobre el recorrido histórico de la locura en Valencia. Aunque son varios los siglos recogidos, la muestra coordinada por Polo y Hernández sabe manejar la variedad de perspectivas conformando una exposición que, sin duda, dejará una fuerte impronta en la historia cultural de la ciudad.

Julen Ibarburu Antón
Contratado de Investigación Postdoctoral, Universidad de Granada